

DURANTE cinco años pasados en Beirut me he esforzado por comprender al Líbano. En ese tiempo no he logrado saber las dimensiones exactas de su población; tengo idea de la ambigüedad de sus postulados como nación; como sociedad resulta difícil discernir la autenticidad de sus líneas motrices. Me consuela saber que mis amigos libaneses tampoco entienden muy bien a su país, y sólo me arriesgo a explicar lo que ocurre por aproximaciones. Debo advertir que todas las aproximaciones son susceptibles de interpretaciones diferentes.

Desde hace más de nueve meses, dos facciones libanesas, identificadas según los casos como musulmanes y cristianos, derechas e izquierdas, se combaten ferozmente. Se muere día tras día en las calles de Beirut; en la periferia de la ciudad; en el Norte y en el Sur del país, al Este y al Oeste. ¿Qué ocurre? ¿Una guerra civil, de religión, revolucionaria?, ¿una lucha por el poder?, ¿conspiración de la CIA para aplastar a la Resistencia palestina?, ¿resarcimiento histórico de los musulmanes que exigen de los cristianos un reparto más equitativo del poder?, ¿revancha de un entorno musulmán, arabizado y arabizante, que repudia el occidentalismo a veces hiriente de una minoría?

A esta guerra que ya ha causado más de diez mil víctimas hay que buscarle raíces en el pasado y en el futuro: el futuro que imaginan para la región los dos grandes. La crisis libanesa tiene de todo un poco: en su última fase es total. Mientras hubo una posibilidad de negociar, los combates tenían un cierto equilibrio. Ahora el Ejército, controlado por los cristianos, ha intervenido a favor de éstos y atacado a los palestinos. El Presidente Soleimán Frangieh, un hombre de acción, duro, inflexible, dio la orden de ataque. El primer ministro musulmán, que ocupa también la cartera de la Defensa, se sintió ultrajado ante una acción para la que no fue consultado y dimitió. Rachid Karamé, musulmán sunita de Trípoli, considerado uno de los hombres más ricos del Líbano, era el único capaz de tender un puente de algodón entre cristianos y musulmanes, entre la burguesía musulmana y la izquierda, y entre los musulmanes y los palestinos.

El comienzo de la guerra total tiene dos objetivos combinados: la destrucción de un contendiente por el otro y la reubicación de poblaciones de acuerdo con su secta religiosa con vistas a un eventual reparto del país. Cualquiera de las



Guerrilleros musulmanes y palestinos, en carros blindados capturados al Ejército libanés.

Líbano

ANATOMIA DE UNA GUERRA CIVIL

soluciones es mala: la primera, porque coloca de nuevo al Cercano Oriente al borde de una conflagración generalizada; la segunda, porque podría convertir al pretendido Estado cristiano del Líbano en el segundo Israel del Oriente.

Si precisar por qué combaten es más difícil, definir qué quiere cada cual lo es menos. La izquierda, que más o menos se aglutina bajo el liderazgo de Kaman Jumblatt, quiere: la reforma de la Constitución y las costumbres políticas de manera que la Jefatura del Gobierno, que corresponde a los musulmanes, no sea un instrumento en manos de la Presidencia cristiana; laicización de la función pública y política, reforma de la Ley electoral en virtud de la cual los cristianos han de tener siempre en el Parlamento seis diputados por cada cin-

co musulmanes; modernización del aparato del Estado, que se rige aún por instrucciones de la era de la dominación otomana; democratización y reformas sociales, tales como generalización de la seguridad social y la enseñanza; por últi-

descansa el llamado Pacto Nacional de 1943, que rige la distribución de las jerarquías oficiales, desde la Presidencia hasta el último negociado de los Ministerios. En virtud de aquellas cifras, los cristianos han ocupado siempre la Presi-

Domingo del Pino

mo, y no menos importante, reallización de un censo que permita conocer con exactitud la verdadera composición demográfica.

El último censo, llevado a cabo en 1932 bajo el mandato francés, y por lo tanto sospechoso, establece la superioridad numérica de los cristianos. Sobre esta débil base

dencia, la Jefatura del Ejército, las Relaciones Exteriores, la Banca Nacional y otros Ministerios de extraordinaria trascendencia para el desarrollo regional, como los de Recursos Hidráulicos y Trabajos Públicos.

Frente a todas estas reivindicaciones que hoy parecen obvias, la ▶

ANATOMIA DE UNA GUERRA CIVIL

extrema derecha cristiana sólo ha tenido una actitud: rechazo e inflexibilidad. El Presidente, cuya renuncia ha sido solicitada en esta crisis varias veces, hizo saber que prefiere ver al Líbano convertido en cenizas antes que renunciar a un solo minuto de su mandato. La destrucción de la industria, el comercio y todo el andamiaje de servicios intermediarios entre Occidente y Oriente, razón de ser del Líbano, ya está consumada. Los cristianos de extrema derecha lo han preferido antes que reconocerle derechos a la otra parte. Ahora optan por la división del país.

Al principio, cuando el diálogo era aún posible, la izquierda musulmana solicitaba respeto y comprensión para la causa del pueblo palestino; ahora, el Partido Falange (Kataeb), al atacar los campamentos de refugiados, vaticinó en un editorial de su órgano oficial "Al Amal" que en ellos encontraría su tumba la Resistencia palestina. No todos los cristianos comparten la política aventurera de sus líderes tradicionales. Existe un Movimiento de Cristianos por una Mayor Justicia Social, grupos demócratas que sostienen que lo que hay que barrer del Líbano es a las clases feudales, musulmanas y cristianas, que son las que para defender sus ancestrales privilegios han encendido esta guerra.

Si las organizaciones cristianas de extrema derecha son las más fuertes entre sus correligionarios, es porque, como en Israel los "halcones", han logrado inculcar a lo demás el temor a la "guerra santa". Los asesinatos de cristianos por musulmanes y musulmanes por cristianos en el Líbano, organizados en un lado y otro por la extrema derecha, tenían como objetivo privar de contenido social o revolucionario a una lucha que evidentemente encerraba de todo.

Antecedentes

Los folletos turísticos libaneses abundan en tópicos que la realidad desmiente: **Líbano, convivencia multiconfesional ejemplar; Líbano, país hospitalario, de leche y de miel; Líbano, Suiza de Oriente Medio.** La realidad es que era un país controlado por una confesión en particular y una alta burguesía feudal —valga la contradicción— que no distingue de religiones. Una cierta segregación de hecho es pal-

pable desde los tiempos más remotos. Los cristianos se aposentan en las alturas protectoras del monte Líbano; los **chítas**, con epicentro religioso en Irak, en el Sur; los druzos, en las agrestes montañas de **El Chouf** y **Aramoun**; los **sunitas**, en Beirut principalmente. Los enclaves mixtos de todas estas regiones han desaparecido con la guerra presente.

Sólo Beirut sigue siendo mixta, pero segregada. Los cristianos dominan la altura Norte en el barrio de **Achrafieh**; los musulmanes, **Basta** y **Musseytbe**; los armenios, el Norte junto a los cristianos; el subproletariado extranjero y libanés, los barrios pobres de **Nabah** y la **Cuarentena**. Los palestinos y la otra fuerza de trabajo marginal, los campos de **Sabra**, **Chatila**, **Tel el Zaatar** y otros que constituyen el

visión de occidentalistas en el mundo árabe y arabizantes en las proximidades del mundo occidental, atraídos según las circunstancias y las épocas por las corrientes nasseristas, baasistas en sus dos versiones iraquí y siria, socializantes y progresistas, los libaneses de cualquier secta o confesión, integrados o no en partidos políticos, han contado siempre para su propia defensa con su potencial privado de fuego.

Las milicias armadas partidistas, que cobran un auge especial en 1974, son, sin embargo, tan viejas como la historia reciente del Líbano. La Falange Libanesa, que surge como club deportivo, crea ya desde los años treinta su propio cuerpo paramilitar. El actual **Ejército de Liberación de Zghorta**, que capitanea el hijo del Presidente Frangieh,

imán Mussa Sadr, jefe espiritual de la comunidad **chiíta**, la más pobre y explotada del Líbano, encabeza un Movimiento de los Desheredados que, cuando las circunstancias lo requieren, puede poner en pie de guerra fácilmente a más de diez mil hombres. Con sus reivindicaciones aisladas, desprovistas de todo contenido político, el imán Mussa Sadr utilizó su evidente carisma para trocar las aspiraciones sociales de los **chiítas** en económicas.

Los nasseristas armaron a sus correligionarios en época de Nasser. En 1958 estuvieron a punto de convertir al Líbano a ese nacionalismo impreciso que propagó el **Rais** egipcio por todo el mundo árabe. La intervención de los "marines" norteamericanos, siempre "at hand", evitó la arabización prematura del Líbano. Son los "mourabitun" nasseristas, apoyados esta vez por Kadafi, los que poco a poco se han apoderado de la calle en Beirut.

Entre las izquierdas son antiguas las milicias armadas del Partido Popular Sirio, en sus inicios de corte fascista, que abogaba por la unión del Líbano a Siria en la **Gran Siria**. El fusilamiento expedito de su ideólogo e instigador le trajo años de inactividad. Reapareció en la presente guerra aliado a las fuerzas progresistas; el Partido Socialista Progresista del jefe druzo Kamal Jumblatt tiene vasta experiencia y sus milicias las organiza Chukat Chuheir, un libanés que alcanzó grados y méritos en el Ejército sirio.

El Partido Comunista libanés, de historia reciente menos difícil y agitada que la de los otros partidos comunistas del mundo árabe (es el único legal), ha hecho intentos por dotarse de una milicia armada.

Los Ansars, partisanos, surgieron al calor de la guerra árabe-israelí de junio de 1967, pero fueron desbandados rápidamente ante la intolerancia circundante y porque en la línea del partido no entraba en consideración la toma del poder. Bajo inspiración del Partido Comunista libanés se han constituido en el Sur dos Grupos de Autodefensa, creados para sustituir la inactividad del Ejército frente a los ataques israelíes. Desde fines de 1974 cuentan con importantes efectivos armados en la capital.

Junto a las mencionadas existen otras muchas organizaciones paramilitares: Los Tigres del ex Presidente y actual ministro del Interior Camille Chamun, nasseristas ortodoxos y heterodoxos, baasistas principalmente pro sirios. Aparte, cada señor feudal tiene sus propias cohortes que utiliza fundamen-



Rachid Karamé, uno de los hombres más ricos del Líbano, era el único capaz de tender un puente de algodón entre todos los bandos en liza.

impresionante "cinturón de miseria" que hoy rodea a Beirut.

Desde tiempos anteriores a la formación de la nacionalidad libanesa, todos esos grupos confesionales han garantizado su subsistencia frente a los otros por la tenencia individual de armas. Esta costumbre, típica del Líbano y un tanto de los pueblos de Oriente, se prolongó hasta los tiempos presentes.

Milicias partidarias

En ausencia de un poder central fuerte, y en presencia de una casta política que gobierna en beneficio propio, divididos a causa de la presencia palestina, faltos de cohesión nacional real, compartidos entre su

tiene sus orígenes remotos en las milicias feudales que reprimieron las insurrecciones campesinas ocurridas en la montaña libanesa a fines del siglo XIX.

El ministerio religioso, tan imbricado en el Oriente con el político, no ha podido escapar a esa línea motriz de su medio. El padre Charbel Cassis, superior de la Orden de los Monjes Libaneses, es el animador del Movimiento de Defensores del Cedro. El y sus monjes son autores de un documento programático aparecido en estos días de confusión que tiene el triste mérito de ir más allá en su intransigencia que los planteamientos de la misma extrema derecha cristiana.

Ningún hombre de religión rechaza el uso de los fusiles. El

mente como medio eficaz de contrarrestar toda veiledad social en su "área de influencia".

El país ha vivido siempre así. Son dos hechos internacionales los que inciden y agudizan la crisis libanesa. La crisis mundial por un lado, que se refleja de una manera notable en un país que vive de los servicios a Occidente, y el conflicto palestino con Israel. Durante todo el año 1972, los israelíes castigaron duramente el Sur del Líbano. El Gobierno central de Beirut no reaccionó más que con comunicados; el Ejército no intervino en defensa de sus nacionales. La población emigró hacia el cinturón de miseria de Beirut, pero su rencor contra la fuerza armada, controlada además por los cristianos, se había concretado ya.

En 1973, por el contrario, y a raíz de los incidentes que ocurrieron en mayo entre el Ejército libanés, acusado de complicidad o por lo menos de pasividad por los palestinos ante una incursión israelí en pleno centro de Beirut que costó la vida a tres importantes dirigentes de la Resistencia, el Presidente Soleimán Frangieh ordenó a la aviación bombardear los campos palestinos de la periferia de la ciudad y los próximos al aeropuerto, enclavados éstos en pleno casco urbano.

La controversia entre musulmanes y cristianos en torno al Ejército parte de ahí. Se solicita la institución de un servicio militar obligatorio, considerado la única solución para lograr dentro de la fuerza armada la proporcionalidad demográfica equivalente a la del país, y se pide la renuncia del jefe del Estado Mayor, cristiano. El Presidente Frangieh se muestra intransigente, y dos primeros ministros sucesivamente tienen que renunciar.

En mis primeros tiempos en el Líbano estaba verdaderamente sorprendido. Veía por primera vez en mi vida un país en donde no eran los obreros y los consumidores los que se lanzaban a la calle en manifestación a la búsqueda de mejoras salariales y control de precios, sino los patronos y comerciantes para protestar de las timidas medidas del Gobierno en materia laboral o de precios. Una manifestación de farmacéuticos allá por 1972 logró que el ministro de Economía revocara las medidas proteccionistas que intentaba aplicar en este importante sector.

En 1974, todo ha cambiado. Los profesores, estudiantes, tabaqueros, pescadores, se lanzan a las calles en señal de protesta. Los libaneses me habían dicho siempre que en el Líbano no había libaneses pobres: los pobres eran la oleada de inmigrantes sirios —obreros de



Un grupo de libaneses esperan a ser evacuados del escenario de los enfrentamientos entre el Ejército y los guerrilleros palestinos.

la construcción—, refugiados kurdos, palestinos y otros. En 1974, el padre Gregoire Haddad, animador del grupo de Cristianos por una Mayor Justicia Social, publicó unas estadísticas que demuestran con hechos y números que el 75 por ciento de la población libanesa vive con ingresos muy por debajo del mínimo vital. Estas revelaciones le cuestan al padre Haddad su ministerio eclesiástico y poco menos que la excomunión.

Hasta entonces, las tensiones decaían en el Líbano con la misma rapidez con que aparecían. No hay autoridad en el mundo más diluida que la libanesa a la hora de atender responsabilidades. Los Gobiernos tienen, desde la independencia, un promedio de ocho meses de duración en ejercicio. Con esta celeridad en cambiar, la responsabilidad es siempre del Gobierno anterior. El nuevo Gobierno sólo tiene tiempo para prometer lo que el próximo rechazará por ajeno a su programa. Nadie sabe a ciencia cierta dónde está la autoridad: ¿en el palacio presidencial?, ¿en el Parlamento?, ¿en la sede del Gobierno? La prensa, a lo que publica todo, es una excelente válvula de escape: por la noche, ministros y primeros ministros ríen a carcajadas en un **Teatro de las Diez Horas** donde se parodia la triste realidad hecha de corrupción, nepotismo, abuso del poder, y una lacerante despreocupación de las clases acomodadas por las otras.

Los palestinos, trasladados en gran número al Líbano después de su expulsión de Jordania en 1970, han contribuido voluntaria e involuntariamente al despertar de los libaneses. En su diario bregar contra Israel han sugerido a los campesinos pobres del Sur del Líbano y a los trabajadores, vías y modos de reafirmar sus derechos. En el Sur en particular, la Resistencia palestina fue llamada en

muchas ocasiones por los cultivadores de tabaco para arbitrar conflictos entre éstos y sus patronos.

A principios de 1974, inmediatamente después de la guerra de octubre, Estados Unidos entra en contacto discreto con una "intelligentsia" palestina subsidiaria de la Universidad Americana de Beirut. Kissinger, estimulado por la reanudación de relaciones diplomáticas con Egipto y Siria, está a la búsqueda de interlocutores válidos entre los palestinos. Se confía sustituir a los jefes guerrilleros, como paso previo a la creación de un mini-Estado palestino que ya se da por aceptado.

Los triunfos obtenidos por la OLP en la Asamblea General de la ONU en noviembre de 1974 —reconocimiento del derecho a autodeterminarse en su tierra y del de los exiliados a retornar o ser compensados— hicieron caer en el olvido aquellos planes, Israel rechazó estas resoluciones de la ONU y Estados Unidos expuso su teoría de la necesidad de no tener en cuenta la mayoría sin poder ejecutivo y así a los Estados con verdadero peso en la arena internacional. En 1974, como en enero de 1976, Israel y Estados Unidos quedaron aislados en esa institución internacional, tan alta como ineficaz.

La guerra actual del Líbano comienza sospechosamente después de aquellos éxitos diplomáticos. Después de abril de 1975, en que se iniciaron las hostilidades, llegaron al Líbano, según reportajes de prensa, más de trescientos agentes de la CIA, reclutados entre los excedentes de Grecia, Irán y Alemania Federal. Poco antes había llegado al Líbano el nuevo embajador norteamericano, Mac Murtrie Godley, que sin estar homologado como agente es un experto en la lucha antiguerrillera.

Conclusiones

Al generalizarse la guerra en el Líbano se ha vuelto a hablar de la posibilidad del reparto del país entre las dos comunidades, como en Chipre. Para eso sería necesario en cualquier caso que los cristianos pudiesen imponer esa solución. Parece improbable que puedan lograrlo porque no tienen la fuerza necesaria para ello. El Ejército, el único capaz de coadyuvar eficazmente a este fin, está amenazado de escisión después de sus ataques contra los palestinos. Dentro de la comunidad maronita existe una división radical en torno al tema. El diputado Raymond Edde, considerado como el máximo exponente de la "derecha inteligente cristiana", y que tomó distancias de los líderes tradicionales de su confesión desde inicios de la contienda, se opone radicalmente a la partición. El patriarca maronita, monseñor Khoreiche, comparte su opinión.

El Estado cristiano del Líbano, de concretarse esa fórmula, se convertiría necesariamente en el segundo Israel del Cercano Oriente. Primero porque económicamente no podría subsistir en el contexto geográfico en que se encuentra. La economía libanesa, orientada hacia el comercio y los servicios de intermediarios entre Occidente y Oriente, perdería el apoyo de los demás países árabes. En esas circunstancias, ese Estado se vería obligado a capitalizar en grado máximo sus relaciones con Occidente, con la consiguiente agravación del abismo que le separaría del Oriente.

La partición, por el contrario, traería aparejado un serio peligro de conflicto generalizado. Israel no podría resistir la tentación de liquidar al Estado musulmán, que necesariamente sería tributario, al menos en sus primeros tiempos, de la fuerza palestina. Siria, cuya esperanza en recuperar el Golán empieza a flaquear, no podría de ninguna manera permitir que su adversario obtuviese ventajas estratégicas tan importantes como las del Sur del Líbano, sin lanzarse a una guerra para impedirlo.

La conquista por Israel de lo que se ha dado en llamar el **Fatahland** permitiría a Tel Aviv no sólo debilitar la defensa siria del Golán, sino amenazar directamente por su flanco Sur a la capital Damasco.

En Líbano se confirma que a pesar de la distensión internacional en los conflictos internos de los Estados vivimos una intransigencia absurda de las clases que detentan el poder. La extrema derecha cristiana del Líbano ha perdido ya lo esencial de su base económica. Ahora sólo puede salvar al país como tal. ■ D. DEL P.